

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

Una Mirada Político-Cultural a los Escenarios del Desarrollo en las Costas Australes de Chile.

Gonzalo Saavedra Gallo.

Cita:

Gonzalo Saavedra Gallo (2007). *Una Mirada Político-Cultural a los Escenarios del Desarrollo en las Costas Australes de Chile. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/179>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/sVt>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Una Mirada Político-Cultural a los Escenarios del Desarrollo en las Costas Australes de Chile

Gonzalo Saavedra Gallo*

Resumen

Este trabajo se enmarca en una investigación doctoral sobre las dinámicas contemporáneas del desarrollo y la modernización en las costas australes de Chile, específicamente en el litoral norte de la región de Aisén. Más que desplegar sistemáticamente un conjunto de datos etnográficos (que por cierto fundamentan este análisis), interesa aquí proponer una reflexión teórico-conceptual que permita problematizar e interpretar esos datos en función de una lectura política y, por qué no decirlo, transformadora del mundo costero austral. El argumento central del texto tiene carácter hipotético: las encrucijadas del desarrollo, en las actuales coyunturas de las costas aiseninas, son susceptibles de ser resueltas (al menos hasta cierto punto) a partir de un giro reflexivo y consciente sobre eso que en antropología llamamos *cultura*.

Introducción

Ante un escenario modernizador¹ de transformaciones territoriales, económicas y socioculturales, vinculadas principalmente a la expansión de la industria salmonera por las costas aiseninas, nos planteamos las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las perspectivas de reformulación del desarrollo a partir de las cualidades subjetivas de las comunidades costeras del Archipiélago de los Chonos?, ¿Es posible que la reinención local del desarrollo, en ese contexto específico, ocurra desde los atributos culturales de las comunidades en cuestión? Las interrogantes exigen antes una interpelación crítica a la noción de desarrollo, ampliamente debatida en las ciencias sociales y particularmente en la economía; asimismo demanda la problematización de la propia noción de cultura, quizá más intrincada aun –y políticamente recurrida– en las encrucijadas desarrollistas. Lo anterior, en tanto la invocación de los atributos y las cualidades culturales locales comporta el riesgo de asumir posiciones primordialistas y estáticas, altamente

incómodas si se trata de investigar procesos que entrañan flujos y transformaciones permanentes.

A este hipotético proceso le denominaremos político-cultural, en tanto alusión a proyectos deliberados que construyen el orden social (Lechner 2002), y en tanto procesos de estructuración específica que devienen en la complejidad de flujos que no pierden sus cualidades de fenómeno localizado también (Escobar 2000). El desarrollo es entonces un hecho relativizable, que observado en su despliegue histórico, como proceso, es un proyecto adscrito es inscrito en códigos culturales específicos (Escobar 1997). En este sentido la antropología, ya no sólo como ciencia de la cultura sino además como ciencia política, permite desnaturalizar estos *hechos* y observarlos en su condición de proyectos deliberados.

Esto es posible, tanto si se quiere circunscribir culturalmente un proyecto tan particular como la expansión de la industria acuícola en las costas australes de Chile (caso abordado aquí), como si se quiere situar (y relativizar) culturalmente realidades de envergadura histórica mayúscula como el capitalismo o la propia modernidad. Si la política es condición irrenunciable de la cultura el desarrollo será siempre un proyecto cultural.

Este trabajo es reflejo de sucesivas experiencias de investigación en las costas aiseninas y combina reflexiones conceptuales y también otras de corte más empírico. En realidad contrasta lo conceptual desde una dimensión empírica, etnográfica si se prefiere, cuya hipótesis señala que *lo cultural* entraña una dimensión subjetiva poco recurrida, e incluso desestimada desde las posiciones positivistas y/o racionalistas tan asentadas en el pensamiento social, pero que es potencia transformadora de sí misma. Sostenemos entonces que *sí es posible una reformulación político-cultural del «desarrollo»* (o del proceso de «modernización») a partir de esa dimensión.

* Escuela de antropología, Universidad Católica de Temuco, gsaavedra@uct.cl.

Estructura, límites y transgresiones

Las perspectivas antropológicas (sociológicas también) sobre el objeto cultural han estado marcadas por la *lógica de la estructura*. De distintos modos, concebimos los acontecimientos fuertemente condicionados y consuetudinarios por factores que escapan a las subjetividades implicadas en ellos. Lo anterior es constatable en el mismo devenir de la teoría social, incluso en los enfoques más recurridos en la actualidad.

Marshall Sahlins (1988) ha criticado este determinismo señalando que la estructura está contenida en el acontecimiento, en otras palabras ese sería su modo de existencia pues su lógica estribaría en dinámicas de transformación. En términos de Lévi-Strauss, Sahlins dirá que las estructuras tienen diferentes temperaturas. Aquellas con temperaturas frías son más estables y tienden a permanecer en el marco de las coyunturas, mientras que aquellas con temperaturas calientes son mucho más susceptibles de transformarse en las encrucijadas de lo inesperado. Pero no necesariamente la lógica de la resignificación (o de la revaloración de la estructura) implica un proyecto deliberado o político sobre la misma, incluso el mismo Sahlins entiende que esta dinámica es una condición propia del mundo cultural que de alguna forma está por sobre las voluntades de los sujetos.

Pero más allá del *cómo*, la subversión respecto de las dinámicas estructurales abre perspectivas que enriquecen el papel que las dimensiones subjetivas juegan en la construcción y reconstrucción del espacio cultural (en el sentido estrictamente antropológico). Néstor García Canclini (1990: 133 y ss.) plantea que, si se piensa en América latina, la modernidad también ocurre desde los receptores, y nos describe una serie de ejemplos en los cuales las audiencias del capitalismo son incluso capaces de reformular el sentido de su materialidad. Algo similar propuso Jesús Martín-Barbero (1987) cuando sugirió, en el mismo contexto latinoamericano, que en el proceso de constitución de lo popular tienen lugar fenómenos de mediación, fuertemente impulsados desde la diversidad cultural. Lo mediático debemos repensarlo entonces sobre todo desde las mediaciones, más que de los medios en sí.

En el campo de la antropología económica los nuevos enfoques culturalistas ponderan con modestia la importancia del factor estructural, el propio Marshall Sahlins (1972) ha sido precursor en ello al poner en

tela de juicio la explicación convencional sobre el gasto de energía y la noción de escasez de los cazadores-recolectores contemporáneos. Más recientemente Stephen Gudeman y Alberto Rivera (1990) revitalizaron este debate reconsiderando la lógica económica del hogar respecto de la empresa, algo que también ha hecho Arjun Appadurai (1991) al intentar descifrar los procesos de recomposición, resignificación y construcción social de las mercancías.

Este último autor, en una obra que trasciende largamente el campo de la antropología económica (Appadurai 1996), ha fijado el foco de atención en un concepto al que se le ha prestado poca atención en la teoría antropológica: la imaginación. Previo a ello podríamos decir que lo cultural ha estado circunscrito al plano de lo no consciente o derechamente de lo inconsciente². Ejemplo claro de lo anterior lo encontramos en el estructuralismo, pero también en las teorías de la estructuración práctica (desde Bourdieu a Giddens, pasando incluso por Sahlins). En este sentido, Bourdieu señala que lo que hace posible la configuración de los *habitus* es justamente el olvido de su propia *naturalidad*³, la lógica del condicionamiento estructural está siempre más allá de la consciencia. Es evidente que esto que también llamamos naturalización de la vida social es lo que hace posible justamente eso: la sociedad, lo imprevisible es en este sentido sinónimo de caos.

Appadurai nos abre entonces la perspectiva de lo consciente, de esas facultades creativas e imaginativas que también existen en el plano cultural. De hecho el autor no reduce la imaginación a una propiedad individual, tal como lo concebimos frecuentemente en el mundo occidental, sino que la entiende como atributo del colectivo, y en ese sentido le asigna un valor cultural transformador. De algún modo la imaginación es subversiva de sus propios límites y si pensamos en ella como condición social, veremos que esos límites son los de su espacio cultural.

Esto que Appadurai (1996) llamó «la fuerza glacial del *habitus*» podría contrastarse, por ejemplo, con enfoques que han asumido un carácter más dialógico, fragmentario y reflexivo en la investigación cultural (y que ciertamente rompen con la autoridad representacional)⁴. Pensemos por ejemplo en Paul Rabinow quien en sus «Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos» ([1976] 1992), construye un itinerario que pone al *otro* en un estatus radicalmente distinto respecto del modelo convencional. El trabajo de campo aparece aquí retratado sobre la base de un continuo diálogo entre el investigador y sus «informantes», siendo éstos actores

pensantes de su propia condición cultural (y también de la del propio antropólogo). Estamos muy lejos del paradigma malinowskiano en donde *los otros* constituyen subjetividades tipo, pensadas y explicadas desde la experticia académica. Pues bien, la discusión es ciertamente más profunda, no obstante conformémonos con reconocer a *nuestros* informantes un estatus distinto, políticamente y reflexivamente activo.

Otro referente muy decisivo es la obra de Edward Said, especialmente retratada en su brillante ensayo «Orientalismo» ([1976] 2003). Said, siguiendo a Foucault, cuestionó radicalmente la construcción (invención) de Oriente en la literatura y en la industria cultural europea y estadounidense. Detectó que la representación de lo oriental comportaba un objeto cargado de valoraciones y temores propios de la mirada etnocéntrica de los occidentales. Se trataba de un objeto esencialmente estático, delimitado sobre sí mismo y construido como la imagen invertida (negativa) de la propia cultura occidental⁵. Pero Said había historizado la construcción del otro oriental develando los condicionamientos epistémicos que en cada época irán impregnando la producción de una discursividad y práctica que llamaría orientalismo. Esto anticipaba de algún modo un cuestionamiento al objeto neutro y pretendidamente universal de las ciencias sociales, especialmente de la antropología. Hay por cierto un trasfondo de crisis, que traduce a su vez la crisis más amplia del iluminismo en una antropología pos-ilustrada. «Orientalismo» marcaría una inflexión, abriría o, más certeramente, visibilizaría un campo de producción intelectual crítico desde el Tercer Mundo, desde esa alteridad «inventada» en los estrechos límites del racionalismo. En América Latina es Arturo Escobar quien, en el campo del desarrollo, reivindica una «tradicción» poscolonial (1996 y 1997), sugiriendo, como punto de partida, el desmantelamiento ontológico de lo que, a semejanza del orientalismo, podríamos denominar el «desarrollismo».

Las representaciones y el desarrollo

Se han escrito muchas páginas sobre el desarrollo y se lo ha concebido de maneras muy diversas. No obstante ello, asumamos entre sus acepciones aquella que le asigna un estatuto discursivo, situando su lógica y sentido en contextos históricos, culturales e incluso teóricos específicos. Esta es más o menos la problematización que hace Arturo Escobar (1996) desde el pen-

samiento posestructuralista, aquella que recoge la propuesta de Rabinow (1991) respecto de la necesidad de hacer una antropología de Occidente. Es decir, mirarlo como producto y como proyecto cultural, en su condición política y en sus relaciones de poder. Por ejemplo en la construcción de las representaciones de los otros. Said encontraba en una frase del *ilustrado* Marx la potencia significativa del orientalismo: «no pueden representarse a sí mismos, deben ser representados», y con ello revelaba el núcleo de su crítica: como los orientales no pueden representarse es Occidente quien los representa, sus escritores, sus intelectuales, sus industrias culturales. Por cierto, nos toca de cerca a los antropólogos, ¿acaso no era esta la crítica de Clifford y compañía al sagrado espíritu de la más sublime tradición etnográfica que va desde Malinowski al mismísimo Lévi-Strauss?

Antropologizar el desarrollo es hacerle preguntas culturales (como las de Said a Occidente), es decir, saber en *qué contexto* que cosa, mediado por qué tipo de relaciones, por qué tipo de asimetrías, por qué discursividades, por qué clase de autoridades, etc. Ahora bien, si le pedimos la frase prestada a Marx o a Said nos desplazamos de inmediato al meollo de la cuestión: *No pueden desarrollarse a sí mismos, deben ser desarrollados*. Posiblemente esto retrate en parte el inconsciente epistemológico del desarrollismo y de sus actualizaciones contemporáneas, más allá incluso de si sus matrices son neoclásicas, keynesianas, marxistas o bien humanizadas en los enfoques que dominan las teorías del desarrollo local.

Pues bien, de seguro en nuestro inconsciente desarrollador (o bien antropológico), reforzado incluso por el habitus de las *verdades* arraigadas en la experticia técnica y también académica, tenga lugar un tercer desplazamiento del supuesto reseñado: Y si no pueden desarrollarse a sí mismos es que en realidad *no pueden (o no saben) pensarse a sí mismos*, y por lo tanto *deben ser pensados por otros* (por nosotros los expertos).

Desarrollo y pensamiento local

El posdesarrollo, recogiendo en parte los planteamientos de la teoría híbrida de García Canclini (1990), sostiene que existe en lo local potencia de reformulación, de subversión, de resignificación, incluso de resistencia próspera respecto de las dinámicas expansivas de la modernización capitalista, he ahí que en el inicio de este trabajo nos preguntásemos por las perspectivas

de reformulación del desarrollo a partir de las cualidades subjetivas de las comunidades costeras de Aisén, o bien si acaso era posible que la reinención local del desarrollo ocurriera desde los atributos culturales locales. En efecto, la antropología en tanto ciencia de la cultura no ha sido del todo pertinente para dar respuesta a estas interrogantes. Es claro que los enfoques estructurales, y culturales convencionales, han sido potentes en términos descriptivos y explicativos pero escasamente fructíferos en cuanto a las dinámicas de transformación. Podríamos nuevamente parafrasear a Marx y decir que los antropólogos nos hemos preocupado de explicar el mundo pero no cambiarlo.

Pues bien, siendo rigurosos ese es un ejercicio que debemos hacer sobre todo desde nuestro locus «tradicional»: el espacio local. Precisemos entonces las preguntas iniciales: ¿es posible repensar el desarrollo desde el pensamiento local? Lo primero que parece urgente es tomar distancia de la práctica convencional y autoritaria de la representación etnográfica y, para nuestro caso, de la representación del «objeto» del desarrollo. Es claro el límite que nos impone la condición estructural, pero quizá lo es menos aquella que aparece en el orden simbólico. Clifford Geertz (1983), ha puesto de relieve —desde una hermenéutica de la cultura— esta idea del «conocimiento local» como atributo de la trama de significaciones, sin embargo no deja de ser insuficiente, en la medida en que *lo local* no sólo es conocimiento (estructuración simbólica), es también inteligencia, capacidad reflexiva y analítica, o si se prefiere también es consciencia (lo que hemos denominado pensamiento).

El desarrollo repensado desde el Archipiélago de las Guaitecas

Desde el año 2004 he realizado un trabajo de campo sistemático en algunas comunidades de la costa austral, específicamente en Guaitecas, Islas Huichas, Puerto Cisnes y Puerto Aisén. El carácter de ese trabajo ha sido eminentemente etnográfico, en el sentido de la experiencia del viaje, del lugar y especialmente del registro. En principio mis reflexiones y aproximaciones al «problema» del desarrollo en la comunidad, estuvieron muy marcadas por experiencias anteriores. En efecto, entre 1998 y 2002 trabajé en el litoral aisenino e incluso residí dos años en Puerto Melinka (comuna de Guaitecas), todo ello en el marco de un programa de superación de la pobreza en comunidades rurales. El enfoque de esa intervención, aun concebida en lo local

y en *el abajo*, estaba significativa y formalmente condicionada por la matriz del desarrollo que he descrito en el apartado anterior. *Debemos llevar el desarrollo a estas comunidades, traspasemos nuestros conocimientos y pongamos nuestras habilidades técnicas al servicio de mejores condiciones de vida para la gente.*

Posiblemente, en lo más profundo de la concepción del *otro* y en su matriz epistemológica, estas prácticas y discursos del desarrollo —ciertamente muy arraigadas en la praxis político institucional— no difieran demasiado de aquella que impulsa *la gran transformación salmonera*. En uno y en otro caso somos *nosotros, los expertos*, quienes podemos explicar o incluso «comprender» las condiciones culturales locales, y según eso somos *nosotros* quienes diseñamos las «intervenciones» y decidimos qué ha de hacerse.

El proyecto modernizador salmonero ha implicado muchas cosas en las costas Chiloé y Aisén. En el plano de sus consecuencias cabe destacar impactos ambientales y territoriales, socioeconómicos, socioculturales y políticos. Entre los de tipo ambiental-territorial se pueden reseñar los deterioros en el ecosistema marino y la progresiva privatización de vastas zonas del borde costero. A nivel socioeconómico se constatan variaciones relevantes en los sistemas de trabajo y en los tipos de fuentes laborales. En el plano sociocultural se evidencian procesos de reformulación identitaria y de prácticas cotidianas. Por último a nivel político, vinculado al proceso de transformación, se han activado *tímidamente* algunas dinámicas organizacionales y otras demandas colectivas al interior de las comunidades (y también fuera de ellas)⁶.

La coyuntura reseñada expresa, desgraciadamente, las constricciones más destructivas de la expansión capitalista, socavando entre otras cosas la base material sobre la cual se reproducen las comunidades en cuestión: el borde costero. Este proceso, para el caso análogo de Chiloé y el entorno de Puerto Montt, ha sido reseñado y documentado por ONGs ambientalistas y algunos académicos especialistas en el tema⁷.

Sin entrar en un determinismo respecto de qué es la economía, al menos en este caso convengamos que se articula sobre esa base, es decir las comunidades costeras de los archipiélagos aiseninos existen a partir del uso productivo que dan a ese espacio material. Entonces cada vez que estuve en el litoral, y en particular en las islas Guaitecas, no dejé de preguntarme por qué ante la evidencia de un desarrollo destructivo *la comunidad* de actores locales —por ejemplo los pescadores artesanales— no se movilizaba en consonancia con los acontecimientos⁸.

En fin, algo me era incomprendible desde mi sentido común e incluso desde mi experticia como especialista. Entonces, quizá recordando la crítica de Said o siguiendo los itinerarios de Rabinow, me propuse repensar mis preguntas desde lo que en ese entonces llamé *la inteligencia local*, pensamiento vivo que, en una dinámica dialógica, es capaz de internarse (e internarme) en lo que podríamos rebautizar como *el punto de vista activo del nativo*. Aquel que es capaz de ver y desentrañar las condiciones de su realidad pero aquel que también es capaz de imaginar un futuro posible, más allá del determinismo pesimista de la expansión capitalista y también más allá del romanticismo del mundo prístino que no volverá.

De esta relación, verificable etnográficamente, creo que ha emanado un diálogo muy analítico sobre las condiciones de la realidad del lugar. No quiero decir que lo haya gatillado con mis preguntas y mis métodos de trabajo, lo que quiero decir es que he intentado reconocer un punto de partida en esa inteligencia reflexiva y analítica que existe ahí. Quizá es difícil pero es necesario renunciar a eso que nos pesa tanto: no pueden pensarse a sí mismos (a nuestro nivel al menos). En la superación de este límite estriba posiblemente el germen, el espacio reflexivo desde donde pueda emanar una manera de reformular el desarrollo a partir de los atributos culturales del espacio local. La mirada político-cultural a los espacios de desarrollo alude en el fondo a una mirada que, desde las subjetividades del lugar, es capaz de re-imaginar las condiciones de su realidad y quizá transformarlas en proyecto colectivo.

Notas

¹ En el planteamiento posestructuralista de Arturo Escobar (1996, 1997) el desarrollo, lo mismo que la economía o la ciencia en general, aparece siempre inscrito histórica y culturalmente. Esta suerte de relativización implica desentrañar desde la dimensión discursiva sus principales referentes. Pues bien, siguiendo este razonamiento –que en parte ya había sido anunciado por los estructuralistas latinoamericanos (Sunkel y Paz 1970, Furtado 1969)- cabe señalar que desde la segunda posguerra mundial el desarrollo irrumpe en el campo de la economía fuertemente signado por la teoría de la modernización.

² Dice Appadurai que esto no implica «simplemente la posesión de ciertos atributos (materiales, lingüísticos, territoriales) sino también la consciencia de tales atributos, así como su naturalización como elementos esenciales de la identidad de grupo». Por ello «...la idea de etnicidad aquí propuesta tiene por núcleo la construc-

ción y movilización consciente e imaginativa de las diferencias» (1996: 29).

³ «La génesis implica la amnesia de la génesis: la lógica de la adquisición de la creencia, la del condicionamiento insensible, es decir, continuo e inconsciente, que se ejerce tanto a través de las condiciones de existencia como por intermedio de incitaciones a llamadas al orden explícitas, implica el olvido de la adquisición. La ilusión que hace parecer innato lo adquirido» (Bourdieu 1980: 187).

⁴ Posiblemente, entre las discusiones más relevantes en este ámbito, debemos citar los trabajos del James Clifford (1991, 1997), quien cuestiona las fórmulas convencionales de autoridad etnográfica y desde ahí las ambiciones de totalidad que marcaron el decurso de la antropología a lo largo del siglo XX.

⁵ Esta configuración intelectual, etnocéntrica y contrastiva aparece bien retratada en lo que Said entiende como una suerte de mirada cristiana sobre el islam: «Una de las fuerzas que actuaban en los pensadores cristianos cuando intentaban comprender el islam era la analogía: como Cristo era la base de la fe cristiana, se suponía –bastante incorrectamente- que Mahoma era para el islam lo que Cristo para el cristianismo. De ahí el polémico nombre de ‘mahometismo’ dado al Islam, y el epíteto de impostor que se aplicaba automáticamente a Mahoma (...) El islam se convirtió en una imagen... cuya función no era tanto representar al islam en sí mismo, como representarlo para el cristianismo de la Edad Media» (Said 1978: 94-95)

⁶ A mediados de los años noventa el cultivo de salmones en el sur de Chile era un negocio más que promotor, con una prosperidad tal que prácticamente la totalidad del borde costero interior de la isla de Chiloé y gran parte del estuario de Reloncaví (en el entorno de Puerto Montt), estaban saturados de centros de engorda. Ante perspectivas tan favorables fue necesario proyectar una segunda fase expansiva, y es así como hacia 1997 comienzan a proliferar las jaulas de cultivo en los canales y fiordos australes, principalmente en zonas aledañas a las islas Guaitecas, Puerto Cisnes y especialmente a Puerto Aisén (es decir, indistintamente en ambos ejes del litoral). La promulgación de la Ley de Pesca y Acuicultura en 1991 constituyó un instrumento de gestión administrativa fundamental en este sentido, pues entregaría toda clase de facilidades y garantías a los futuros inversionistas que quisieran extender sus negocios por la zona austral (la mega-concesión del archipiélago de Chiloé en los años noventa y la actual tramitación en Aisén de unas 3000 concesiones de acuicultura, son claro reflejo de lo reseñado.). Por ejemplo entre 1990 y 2000 las exportaciones netas de salmón cultivado se multiplicarían por cinco, pasando de 26.000 a 271.500 toneladas (CORFO 2002), para llegar en 2005 a las 383.700 toneladas (Salmonoticias, 15/02/2006). Después de Noruega, Chile ha sido, des-

de 1995, el segundo productor mundial de salmones y su objetivo a mediano plazo es convertirse en el primero. Hoy día la industria sigue en plena expansión y todo indica que ello dependerá en gran medida de las inagotables bondades de las costas aiseninas.

⁷ Luego de casi una década de cultivos intensivos en Chiloé y Aysén, las conclusiones de los expertos son lapidarias: contaminación y degradación del fondo marino; alteración de la columna de agua, debido a la disolución de toda clase de fármacos y otros aditivos; depredación de la fauna nativa, competencia por el alimento y transmisión de patologías exóticas por parte de los millones de salmones escapados; exterminio de ciertas especies que ponen en riesgo los cultivos. A esto debemos agregar la contaminación que tiene lugar en tierra, por ejemplo la alta mortandad de salmones en época de cosechas suele colapsar los vertederos de las comunidades locales; otro tanto ocurre cuando las empresas arrojan sus desperdicios en zonas no aptas para hacerlo (Claude et al. 2000, Doren y Gabella 2001)

⁸ En general desde fines de la década de 1990, cuando se iniciaba la expansión de centros productores de salmón por las costas de Aysén, el tenor de las movilizaciones de pescadores artesanales no ha dicho relación con la problemática en cuestión. Lo anterior no deja de ser llamativo en la medida en que, como se ha dicho, hablamos del sustrato material de las comunidades.

Bibliografía

APPADURAI, A. *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, Grijalbo, México D. F., 1991.

_____. *La modernidad desbordada*, FCE-TRILCE, Montevideo, 2001.

BOURDIEU, P. *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1980.

CLAUDE, M. y OPORTO, J. *La Ineficiencia de la Salmonicultura en Chile, Aspectos Sociales, Económicos y Ambientales*. Terram Publicaciones, Santiago, 2000.

CLIFFORD, J. Sobre la autoridad etnográfica: En: *Retóricas de la antropología*, JUCAR, Madrid 1991.

_____. *Itinerarios transculturales*, Gedisa, Barcelona, 1997.

CORFO. *Identificación y Análisis de oportunidades de inversión para la Región de Aysén, Chile*, Corporación de Fomento de la Producción. Agencia de Atracción y Promoción de Inversiones TODO CHILE, Coyhaique, 2002.

DOREN, D. & GABELLA, J.P. *Salmonicultura en Chile: desarrollo, proyecciones e impacto*, Terram Publicaciones, Santiago, 2001.

ESCOBAR, A. «El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: globalización o posdesarrollo». En: *Antropología del desarrollo, Teorías y estudios etnográficos*

en América Latina, por Andreu Viola (comp.), Paidós, Barcelona, 2000.

_____. *Antropología y desarrollo*, Revista Internacional de Ciencias Sociales, n° 154, diciembre 1997, UNESCO, en www.unesco.org/issj/rics154.html

_____. *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Norma, Santafé de Bogotá, 1996.

FURTADO, C. *La economía latinoamericana. Desde la Conquista ibérica hasta la Revolución cubana*, Siglo XXI, México 1969.

GARCÍA CANCLINI, N. *Culturas Híbridas, Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México, DF, 1990.

GEERTZ, C. *Conocimiento local*, Paidós, Barcelona, 1983.

GUDEMAN, S. & RIVERA, A. «The House», in *Conversations in Colombia: The Domestic Economy in Life and Text*, Chapter 3, Cambridge: Cambridge University Press, 1990, 39-53.

LECHNER, N. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, LOM, Santiago, 2002.

MARTIN-BARBERO, J. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. G. Gili, Barcelona, 1987.

RABINOW, P. «Las Representaciones son hechos sociales: Modernidad y Postmodernidad en la Antropología, Más allá de la Epistemología», en *Retóricas de la Antropología*, JUCAR, Madrid, 1991, 321-356.

_____. *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*, JUCAR, Madrid, 1992.

SAID, E. W. *Orientalismo*, Debolsillo, Madrid, 1978 (2003).

SAHLINS, M. *Economía de la edad de piedra*, Akal, Madrid, 1972.

_____. *Islas de historia: la muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia*, Gedisa, Barcelona, 1988.

SUNKEL, O. y PAZ, P. *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI, Madrid. 1970.